

# Mi Quijote, mi Cervantes

*Antonio Martínez Sarrión*

En mi lejana niñez, resultaba usual que, en las escuelas primarias, niños y niñas de ocho o nueve años, fueran obligados a periódicas inmersiones en ciertos ejemplares extractados del "Quijote", impresos en unos volúmenes, los más ariscos, despiadados y de confección e ilustración más repelentes que yo jamás me haya echado a la cara: aspeza de tacto del papel, aglutinamiento de la página, tipos y cuerpos de letra calamitosos. No es de extrañar que los niños salieran de la experiencia no sólo odiando aquella novela sino, en muchas ocasiones y para toda su vida, toda sugerencia de lectura, que fuera más allá de los tebeos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que a mi al menos, manchego por los cuatro costados, me hubieran espoleado a hacerle hablar o contar a mi abuela materna la cual, en Munera, su pueblo, se expresaba no con la excelencia prosódica ni la riqueza léxica de Cervantes, pero sí con igual sabor de lengua, igual maravilloso arcaísmo. Me embelesaba oírlo, tanto como me torturaban las lecturas obligatorias del gran libro en edad y vehículo tan inadecuados.

Restos de aquella ergástula inicua: cuando comparezco ante algún público juvenil, no desaprovecho la ocasión de recomendar que no se lea sino en buenas y gratas ediciones, jamás por mandato profesoral y dejando de lado todo libro que aburra. Los docentes me tienen por un terrorista de las letras y a veces así me lo hacen saber. Pero yo erre que erre: no hay peor método, ni siquiera la siniestra televisión o los espantosos videojuegos, para llevar al analfabetismo funcional, a la ausencia de trato amoroso con el libro, esa ventana no pasiva, de par en par abierta a todos los goces y aventuras del espíritu.

Tengo en la mesilla de noche, entre el rimerero de libros empezados (y casi nunca terminados en su mayoría) uno que sí comienzo, leo de cabo a rabo, y retomo de inmediato: las aventuras de nuestro gran y heroico antihéroe. Ahora estoy a punto de cambiar de montura, que no de autor y entrarle a una edición excelente, la que leí era mala, - Biblioteca Castro, 1993 - que contiene las fastuosas "Novelas ejemplares" y la "Poesía" de Don Miguel, que a mi siempre me encantó, pese a

su denostado prosaísmo y cortedad de vuelo. He de confesar, con vergüenza, que tengo siempre aprestados dos textos complementarios, para el que desee, más allá de la imprescindible y del todo prioritaria "obra completa", redondear su conocimiento del mundo cervantino: la mejor biografía hasta la fecha, "Cervantes. En busca del perfil perdido" de Jean Canavaggio, que mereció un Premio Goncourt, persona muy simpática con la que tuve ocasión de charlar en la Residencia de Estudiantes madrileña, hace algunos años, y el ya clásico ensayo de referencia del gran don Américo Castro, que se llama "El pensamiento de Cervantes" obra de 1925, enriquecida en las últimas ediciones (yo poseo la de Noguera, 1972) con notas a pie, desde aquella fecha, de la rica erudición cervantista del autor, complementadas con notas no menos sabias y pertinentes del profesor Rodríguez Puértolas.

Una las mayores joyas cervantinas, a mí como a muchos, creo que nos la descubrió Rafael Sánchez Ferlosio y es pieza que no se puede transitar sin pasmo y sobre todo sin emoción muy potente. El prólogo al "Persiles", pues a él me refiero contiene, como es sabido, las últimas, escasas páginas que traza Cervantes pocos días antes de su muerte y que cifran, acaso, todo su impar entendimiento del mundo, toda la grandeza de una inteligencia y un corazón únicos.

La última edición del Quijote, que acabo de adquirir, está en soporte audio: 37 CD's, a un precio razonabilísimo. Lo hice maquinando esta posibilidad: la de conectar unos pequeños auriculares cómodos y sensibles en mis oídos, y darle a la tecla cuando vaya a dormir cada noche. En la duermevela y en el sueño, estoy seguro de que el verbo encantado de Cervantes y de mi abuela materna, puede permear, al modo surrealista, la extensión de mi inconsciente con el grado de maleabilidad y plasticidad que aún pueda admitir. Y de este modo, vivir "en conversación con los difuntos" como aconsejaba y escribía, en soneto de escalofrío, otro de los grandes manchegos de adopción, el tremebundo y genial Don Francisco de Quevedo y Villegas. ■